III Trimestre de 2011
La adoración

Lección 10
3 de Septiembre de 2011

La adoración: Del exilio a la restauración

Gilberto G. Theiss

El pueblo de Israel se había apartado de Dios y por consiguiente, traído sobre ellos mismos la maldición de la desobediencia. Dios le había hecho muchas promesas a su pueblo escogido, pero ellos no escucharon sus requerimientos. Dios pretendía honrar y exaltar a sus hijos y dejó esto bien claro por medio de sus profetas. Sin embargo, Israel permitió que la secularización dejara su huella y sus costumbres religiosas comenzaron a contaminarse con la cultura de la época. La nación elegida, gradualmente le dio las espaldas a Dios y los valores y principios religiosos fueron permeados de costumbres paganas. Los mandamientos de Dios se olvidaron y las advertencias del Señor, a través de los profetas, fueron pronunciadas contra el pueblo.

El exilio no fue una maldición determinada por Dios, sino una consecuencia de sus actos de abandono a la verdadera adoración. En nuestros días, podemos estar corriendo los mismos riesgos. Por esta razón es que debemos hacia el pasado con el propósito de proyectar nuestro presente insertándolo a partir de las experiencias que hicieron del pueblo de Dios una nación fracasada y apóstata. El secularismo siempre ha existido y fue una de las señales que hicieron del pueblo de Dios una nación cada vez menos comprometida con la verdad y con su Dios. ¿Qué tienes que aprender tú de esto?

“Hijo de hombre, ¿has visto…?”
Ezequiel 8

La nota tónica de las predicaciones contemporáneas es ser relevante. Muchos han enseñado que nuestro mensaje necesita ser más relevante y con eso muchos principios han sido colocados en zona de riesgo. En verdad, aún cuando muchos no lo perciban, nuestro mensaje es el único mensaje relevante. Ser relevante no significa hacer bajar la verdad hacia el nivel de las costumbres paganas, sino traer lo pagano al nivel de nuestros mensajes. El secularismo y el relativismo siempre han existido. No es un invento de nuestro siglo. El pueblo de Israel también vivió en una época secularizada y relativista, y eso fue exactamente lo que hizo que el pueblo fracasara llevándolo a justificar medios de adoración en verdad estaban muy distantes del ideal divino. El relativismo y el secula-

rismo, cuando son absorbidos por los profesos cristianos, conduce a prácticas profanas con apariencia de inofensivas y más adecuadas a los tiempos en que se viven. No es correcto pensar que nuevos métodos de adoración y predicación estén equivocados, sino que es necesario hacer un avance muy meticuloso siempre filtrando nuestros métodos con la revelación. Es posible –y ciertamente muy fácil– practicar un falso culto y ofrecer una música o prácticas inadecuadas y aún tener en mente la más pura sensación de haber hecho lo correcto.

Aún los adventistas del séptimo día no están exentos de la posibilidad de tal gravedad de apostasía, pues si eso ocurrió con el pueblo de Israel, significa que aún el Israel espiritual podrá estar seriamente comprometido por una falsa concepción de adoración. La mayor evidencia de esta posibilidad es que la revelación advierte acerca de un futuro zarandeo. Elena G. de White declara que “El permanecer de pie en defensa de la verdad y la justicia cuando la mayoría nos abandone, el pelear las batallas del Señor cuando los campeones sean pocos, ésta será nuestra prueba. En este tiempo, debemos obtener calor de la frialdad de los demás, valor de su cobardía, y lealtad de su traición. La nación estará de parte del gran caudillo rebelde” (Joyas de los testimonios, tomo 2, p. 31). Dios está santificando a su iglesia, pero si esto no ocurriera, la santificará a la fuerza por medio del zarandeo.

Adoración de la imagen

Daniel 3; Apocalipsis 14

Daniel 3 presenta una de las historias más fascinantes de la confrontación entre lo que es verdadero y lo falso. La adoración es el tema central, en un clímax de obediencia y desobediencia. Los tres amigos de Daniel fueron puestos en un duelo que les costaría la propia vida. Valerosamente, permanecieron fieles al Dios al cual servían en detrimento de los dioses babilónicos y del propio rey. Apocalipsis 14 presenta un mensaje que resonará hasta los confines de la tierra y despertará, pronto, la ira del dragón, de sus ángeles y de sus seguidores en la tierra. Así como en el pasado, una imagen será levantada. No será una imagen literal como lo fue en el caso de Nabucodonosor, sino una imagen del poder pagano simbolizado por la estatua. La ley dominical, la señal de la bestia, será levantada pronto como una señal del poder del paganismo, del culto a baal moderno. Todos tendrán que tomar una decisión escogiendo el lado en el que permanecerán en esta gran controversia.

En Daniel 3, la estatua erigida poseía 60 codos de altura y 6 de ancho. El número 60 simbolizaba el dios mayor en Babilonia, y el número 6 al dios menor. Sumando éstos, obtenemos el número 600, el cual era el símbolo de toda la coyuntura religiosa pagana de aquél reino. ¿No te hace recordar algo este número? 600 + 60 + 6 = 666. Apocalipsis 13:15-17 nos enseña que la bestia tendría un número y una señal. El número es la representación máxima del paganismo. El domingo, señal de la bestia, es la representación máxima de la falsificación. La adoración verdadera y la adoración falsa lucharán por la supremacía de nuestras decisiones en pleno tiempo del fin. Para enfrentar esta situación adversa, los cristianos de nuestro siglo necesitarán poseer las mismas cualidades que tuvieron los jóvenes hebreos de Daniel 3. La prueba será muy dura y nuestra decisión deberá constituir algo más que un simple “acepto”. Los jóvenes del relato, debido a su fidelidad, tuvieron la oportunidad de predicar ante toda la nación babilónica. Es interesante notar que el poder de la predicación del evangelio proviene de nuestro testimonio. La predicación de vuelve poderosa y alcanza a las multitudes con poder únicamente

cuando nuestra vida es coherente con los mensajes que predicamos. Toda la nación fue evangelizada cuando estos tres jóvenes resolvieron testificar de su fe en el mismo momento de la prueba. Del mismo modo, la predicación del evangelio sólo alcanzará el mundo entero de nuestros días, cuando el pueblo de Dios viva la verdad presente. El poder del evangelio sobrepasará fronteras y todos serán alcanzados por un evangelio practicado, vivido y testificado. La revelación nos enseña que "El mundo será convencido no por lo que enseñe el púlpito, sino por lo que la iglesia viva. El ministerio en el púlpito anuncia la teoría del Evangelio; la piedad práctica de la iglesia demuestra su poder." (*Servicio cristiano*, p. 87).

Los jóvenes hebreos salieron solos del horno de fuego. El poderoso ángel se quedó allí. Tal vez haya permanecido en el horno para enseñarnos que muchos otros, incluso en nuestros días, serán lanzados en los hornos de las aflicciones de la vida por ser fieles a Cristo. Dios espera que decidamos enfrentar la prueba del horno. Si así ocurriera, debes saber que Él nos estará esperando allí mismo. Necesitamos comenzar a orar constantemente solicitando a Dios el poder de la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. Hoy necesitamos desarrollar la fe en Dios y permitir la transformación de nuestro carácter a semejanza de Jesús. Recordemos que "El carácter es poder. El testimonio silencioso de una vida sincera, abnegada y piadosa, tiene una influencia casi irresistible. Al revelar en nuestra propia vida el carácter de Cristo, cooperamos con él en la obra de salvar almas. Solamente revelando en nuestra vida su carácter, podemos cooperar con él. Y cuanto más amplia es la esfera de nuestra influencia, mayor bien podemos hacer. Cuando los que profesan servir a Dios sigan el ejemplo de Cristo practicando los principios de la ley en su vida diaria; cuando cada acto dé testimonio de que aman a Dios más que todas las cosas y a su prójimo como a sí mismos, entonces la iglesia tendrá poder para conmover al mundo" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 275).

"Meditad en vuestros caminos"

Jeremías 29:10-14

Dios siempre ofreció compasión a su pueblo. Aunque hubieran cosechado muchas consecuencias de sus malos actos, el Señor siempre estuvo presente obrando en sus vidas para traerlos nuevamente al camino que conduce a la salvación. El pueblo le había dado las espaldas a Dios, ignorado sus consejos y reprensiones. En consecuencia, fueron esclavizados durante setenta años, en los cuales permanecieron bajo el yugo babilónico. En los años 605, 579, y 586 a. C. fueron las mayores intervenciones babilónicas en Judá, en los que se apresó y se llevaron más de diez mil judíos a Babilonia, entre ellos, Daniel y sus amigos. Luego de diversos llamados, hacia el final del exilio, Dios trajo a su pueblo de vuelta para basarlo nuevamente en la adoración a Él. El emperador persa Ciro, en el 537 a. C. invadió y dominó el imperio babilónico, liberando a los judíos para retornar a su tierra natal. Esto se debió a la política de Ciro para las regiones conquistadas, que permitía gobiernos locales, manteniendo sus religiones y costumbres. Los judíos quedaron en libertad de retornar a Palestina, pero aún así, muchos decidieron quedarse en Babilonia y aprovechar las ventajosas condiciones económicas y sociales en vez de viajar hasta Jerusalén, donde no había casi ninguna perspectiva de riquezas. Muchos de entre los judíos prefirieron las ventajas terrenales que volver a Jerusalén a adorar a Dios. Los demás, cuando llegaron, decidieron construir las murallas de la ciudad antes que el Templo. Los enemigos Zorobabel enviaron una carta al rey de Persia diciendo que los judíos tramaban una rebelión. Darío, rey de Persia, intervino entonces, impidiendo la reconstrucción de la muralla. Sin Templo, y sin una ciudad fortificada, Je-

rusalén no podría mantener su independencia. Este fracaso hizo que se acelerara la construcción del Templo, que la autoridad del gobernador disminuyera, y que el poder recayera sobre el sumo sacerdote del templo, el cual fue terminado en el año 516 a. C.

Pasó un tiempo sin que la presencia del Templo surtiera efecto alguno. Llegó desde Babilonia un hombre muy respetado, un sacerdote, escriba y educador: Esdras. No conocía las verdaderas condiciones de los judíos en Palestina y se acongojó al descubrir que éstos no mantenían debidamente el Templo, y que se casaban con extranjeras libremente. Reunión a los dirigentes, y se afirmó como el líder. Pidió que los judíos expulsaran a las esposas extranjeras de sus hogares y los exhortó a retornar a las raíces del judaísmo. Esdras no tuvo éxito, pues pidió demasiado de los judíos, ellos no estaban dispuestos a deshacer sus familias. Decepcionado, Esdras se retiró de la vida pública.

Lentamente, llegaron a Babilonia noticias malas acerca de la situación en Judea. Esto entristeció a Nehemías, judío que era consejero del rey. Solicitó entonces permiso para dejar su cargo e ir a Palestina con el cargo de gobernador militar. Cuando llegó, llegó a la conclusión de que los pueblos vecinos estaban deliberadamente impidiendo que los judíos mantuvieran su religión. Entonces decidió expulsarlos. Para eso decidió reparar y terminar el muro. Desoyó las advertencias de los dirigentes acerca de posibles ataques amonitas y samaritanos. Estimuló al pueblo a concluir con la tarea y, para rechazar los ataques, armó a los obreros, de modo que los constructores trabajaban con una espada a su lado.

Nehemías cerró las puertas del Templo, donde se comerciaba, desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado, para impedir que mercaderes no judíos hicieran comercio en ese día. Hubo protestas, pero los comerciantes terminaron acostumbrándose. Él también instituyó un impuesto para el mantenimiento del Templo e hizo cumplir las leyes de la Tora sobre la propiedad de la tierra y sobre los esclavos. Con la ayuda de Esdras, estableció la Torá como la constitución de la nación judaica y pobló la ciudad de Jerusalén. Esdras instituyó la lectura de la Tora en todo Shabat. Con eso terminaron su obra. El éxito de estos dos líderes parecía dudoso. Esdras murió y Nehemías tuvo que volver para ocupar su cargo en Babilonia. El pueblo volvió, entonces, a las prácticas paganas y corruptas. Nehemías volvió, una vez más, a Judea. Su segunda estadía fue mucho más corta y, aparentemente, su aparición hizo que el pueblo volviera a los ideales de Moisés, de una vez por todas. Como el pueblo de Israel de antaño, nosotros podemos cometer los mismos errores. La pregunta que surge es: ¿A dónde nos están llevando nuestros caminos? Nuestros estudios, trabajos, recreaciones, diversiones, ¿nos están apartando del Señor o nos están acercando a Él?

Vuestros padres, ¿dónde están?

Zacarías 1:1-6

Mejor que tener que aprender de nuestros propios errores sería aprender de los errores de otros. La historia del pasado es una enciclopedia de enseñanzas para la vida. A través de los innumerables errores de personas, pueblos y naciones del pasado, podemos absorber experiencias y aplicarlas a nuestra vida actual. La historia de Israel nos es de gran ayuda hoy y por esta razón no hay motivo para justificar nuestros errores del presente. LA falta de experiencia e inmadurez pueden ser un gran impedimento para muchas personas de hoy, especialmente cuando no prestan demasiada atención a las enseñanzas y experiencias de los más antiguos.

Dios nos ha dado libertad incondicional. Por lo tanto, somos libres de escoger lo que deseamos y lo que creemos que es mejor. Sin embargo, es esencial recordar que la libertad que el Todopoderoso nos concede está permeada de criterios de responsabilidad. Las decisiones que tomamos, inevitablemente, nos conducirán a consecuencias buenas o malas. Cada elección indefectiblemente acarrea consecuencias. Tenemos libertad incondicional, pero libertad con responsabilidades de las que deberemos hacernos cargo, tarde o temprano. El pueblo de Judá pagó muy caro sus decisiones inconsecuentes y cosecharon mucho sufrimiento por elecciones erradas. Nosotros, de igual modo, corremos los mismos riesgos. No estamos libres ni de las elecciones que necesitamos tomar diariamente, y mucho menos de sus consecuencias.

La oración de Nehemías

Daniel 9:5, 6; Éxodo 32:31-34; Santiago 5:16; Génesis 12:1-3; Éxodo 6:4, 5

Nehemías se entristeció por la condición de su pueblo y de inmediato clamó por ellos. El lamento de Nehemías, pronunciado a través de una oración, debe ser nuestra plegaria también en pleno siglo XXI. Este hombre amaba a Dios, la verdad y la misión de su pueblo. Y eso lo motivó para entristecerse, y ayunar con oración y súplica delante de Dios. Del mismo modo, todos nosotros hoy debemos tener el mismo sentimiento que hubo en Nehemías. Debemos clamar al Señor con oración y ayuno solicitándole su gracia, bondad y poder para su iglesia y su pueblo. Si amamos a Dios, a la iglesia, al pueblo y a la misión de esa iglesia, naturalmente tendremos el mismo sentimiento que Nehemías. Nuestro clamor necesita ser más fuerte, y más ferviente nuestra intercesión por su iglesia. El gran problema es que tenemos facilidad para permanecer cuestionando, reclamando y criticando. Si dependiéramos de la misma energía para clamar e interceder ante el Señor por su iglesia como lo hacemos para criticar y reclamar, ¿cuánto podría mejorar la situación? ¿Cuántas oraciones podrían ser respondidas y, por consiguiente, cuántos problemas podrían ser resueltos? Creo que seríamos mucho más exitosos en nuestros cuestionamientos si los hiciéramos exclusivamente a Dios. El es el mayor interesado en ver a la iglesia y a la obra en condiciones favorables.



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática